

Augusto Mijares: El Maestro

Silvia Mijares de Lauría

Silvia Mijares de Lauría es licenciada en Sociología, egresada de la Universidad Católica Andrés Bello; Magister en Ciencias Políticas de la Universidad Simón Bolívar; profesora de pregrado en la Universidad Central de Venezuela y en la Universidad Simón Bolívar; Decana de Estudios Generales de la Universidad Simón Bolívar; Representante del Ejecutivo en el CONICIT, Presidenta del Instituto Nacional del Menor, Miembro de diferentes comisiones de la Universidad Simón Bolívar; prestó asesoría a la Polar en el diseño y formulación del proyecto del Servicio Nutricional Infantil de Antimano; Miembro de diferentes comisiones del sector público; Miembro de la Comisión redactora de la ley orgánica de Protección a la niñez y a la adolescencia; participación en diferentes cursos y seminarios como: *The Mont Pelerin Regional Meeting* en Viña del Mar, Chile, curso avanzado sobre Historia y Teoría Política en IDEA, Foro sobre los derechos del niño; publicación de diferentes libros y artículos en diarios y revistas. Ha recibido las órdenes: Diego de Losada (primera clase), Cecilio Acosta (primera clase), Andrés Bello (primera clase), 18 de julio (primera clase), Francisco de Miranda (Primera Clase), Cruz de la Policía Metropolitana.

Desde el punto de vista personal quiero compartir con ustedes todas las interrogantes que me han surgido desde el momento en que me invitaran a participar en este volumen dedicado a la difusión del pensamiento educativo de Augusto Mijares, en el cual participan ilustres estudiosos, tanto de las letras como de la práctica educativa en Venezuela.

Escribir sobre él significa para mí remover las fibras más íntimas, pues la memoria del padre se impone afectiva y justamente a la memoria del hombre, del historiador, del sociólogo, del maestro, a quien se

quiere homenajear, corriendo el riesgo que lo que se pretende expresar se convierta en una simple remembranza nostálgica sin ninguna objetividad que descalifique la figura del homenajead.

Tratando de sortear estos inconvenientes, me he puesto a pensar ¿por qué recordamos a una persona? Se recuerda por lo que significa, es decir por el ejemplo que hemos recibido de ella, por el legado intelectual y afectivo que nos han dado a través de su mensaje, por la coherencia de sus ideas y de su vida, por la honestidad de sus principios, por la generosidad de sus opiniones y

el reconocimiento prodigado a los otros, por la manera de ver a la gente, por su forma de disfrutar y de respetar la compañía de los demás, por la maravillosa virtud de saber colocarse a la misma altura de su interlocutor, por la responsabilidad en asumir sus compromisos y obligaciones, en fin por su respeto por el individuo, por la persona, por el hombre singular, que no representa a nada ni a nadie, pero que es el mejor representante de todos los hombres verdaderos.

Su habilidad para enseñar, le permitió hacer la síntesis adecuada entre su condición de padre y su vocación de maestro. Con especial cariño y dedicación supo abrir nuestra mente a las más variadas experiencias, nos enseñó a mis hermanos y a mí y, más tarde a sus nietos mayores, a disfrutar de un bello atardecer, a apreciar en toda su magnitud la grandeza del mar, a conocer los colores especiales del Ávila en cada época del año. Puso a volar nuestra imaginación con las aventuras de Odiseo y Homero, con *El Libro de las Tierras Vírgenes*, y con la narración de nuestra historia sembró un gran amor por Venezuela y un gran respeto por su gente. Se sirvió de las fábulas para enseñarnos la importancia de los valores, y del jardín para demostrarnos como el trabajo manual completaba nuestra formación proporcionándonos placer y disciplina.

Éstas son, entre otras, las características que recordamos de Augusto Mijares, nosotros, sus hijos y nietos.

Ellas son también las que recuerdan aquellos que, de alguna manera, han dejado testimonio sobre su persona y su vida. Y son las que me permitieron hacer la síntesis entre el padre, el educador y el hombre público.

He dicho, en varias oportunidades, que el mayor orgullo de mi padre fue su condición de maestro, ésta se encontraba por encima de cualquier otra de las posiciones que alcanzó y de las distinciones que recibió. Era que de hecho, su percepción y actuación en la vida la hacía desde la perspectiva de maestro. Siempre encontró un ejemplo aleccionador que destacar, una situación sobre la que alertar o un consuelo que prodigar.

Fernando Paz Castillo, nos señalaba:

*Quando lo conocí ya tenía fama de maestro entre alumnos y profesores y de buen escritor en los círculos literarios. Me lo presentó, bien lo recuerdo, por el año de 1917, Luis Henrique Mármol, con Henrique Planchart (...)
Entonces escribía versos y cuentos. De sus versos oídos en íntimas tertulias tengo unos gratos recuerdos y su buena calidad he podido comprobarla por lecciones recientes de algunos de ellos, en recortes de revistas y diarios capitalinos.*

Era en versos y cuentos que podían expresarse con cierta libertad los intelectuales de esa época. En pleno gobierno de Juan

Vicente Gómez no era posible hacerse oír de otra manera. Pero no era en versos que, Augusto Mijares, podía expresar su angustia por los problemas de Venezuela, y quizá pensó que ellos tampoco eran suficientes para realizar su función de maestro, tal como él la entendía, ni para explicar donde se encontraba la raíz de nuestro pesimismo, ni sembrar el amor y el optimismo por el país. Y dijo: "mi destino era escribir prosa..." Y su prosa se transforma en el aula abierta que desde diarios y revistas convierte la historia de Venezuela en una lección constante, llena de ejemplos positivos que sirviera de guía a los jóvenes y de aliento a aquellos que habían dedicado sus mejores años a la construcción del país.

A decir de Guillermo Morón,

Augusto Mijares era un hombre de estudio, un humanista, un historiador, un escritor. Y un maestro, ¿no es cierto?, sí un maestro piénselo usted.

Sí piénselo usted, pues ser maestro significa mucho más que dar clases. Ser maestro es, usando sus mismas palabras, ser espejo.

Es espejo (...) todo ser humano que devuelve parte de la luz que recibe.

Y ese fue su empeño principal, devolver la luz que recibía, no sólo al exponer sus ideas, sino a la hora de actuar, iluminó con su amor a todos aquellos que se le acercaron y llenó con su dedicación y capacidad de trabajo aquellos espacios que considero vitales

para lograr el desarrollo integral de los venezolanos.

Como maestro pensaba que para una adecuada formación del individuo, era necesario lograr el equilibrio entre los sentimientos, la voluntad, los valores morales y la capacidad intelectual.

Reflexionó sobre conceptos como la felicidad y el placer. De la primera nos dice:

Tiene como nota básica un sentimiento de estabilidad íntima que consiste casi por completo en realizar exteriormente nuestra personalidad.

El placer en cambio es esencialmente fugaz. Antes de haberlo disfrutado completamente apreciamos que se nos escapa y corremos en busca de otro

Su preocupación por la necesidad de justicia lo lleva a insistir sobre la importancia de educar la vida sentimental del niño, advirtiéndole, desde que sufre sus primeras injusticias, que:

El joven que se prepara para ser hombre tiene que encararlas sin falsas ilusiones, pero también sin acobardarse por ellas. Sobre todo, sin amargarse estérilmente ni buscar a quien reclamar porque así podrá forjar su carácter.

Preocupado por la vida sentimental de hombres y mujeres mantiene que:

El hombre ha puesto como ideal de su vida la negación de sus sentimientos (...) no ha conquistado la dirección de su vida íntima sino a trueque de una mutilación, refrenando sin cesar sus sentimientos, destruyendo, de esta manera, una gran parte de ellos. La

mujer no teme tanto a sus emociones ni se avergüenza de ellas, por eso ha conservado la frescura de su sensibilidad sin perder el dominio y puede ser a la vez impresionable y valerosa. Todo la conmueve y nada la quebranta.

Alerta a los padres sobre el cuidado que deben tener al hacer juicios sobre el carácter de sus hijos para no convertirse en "sembradores de cenizas":

Este niño se asusta de todo (...) o bien es muy negligente, es mentiroso (...) llega a ser como una siembra de frías y pálidas cenizas que se amontonan sobre el alma infantil; cenizas que consagran para la esterilidad y la amargura.

Pero para Augusto Mijares los sembradores de cenizas no sólo causan estragos en la formación espiritual de los niños y de los jóvenes, a igual escarnio se somete a los pueblos cuando de ellos no se resaltan sino sus defectos y deficiencias, y refiriéndose a Venezuela nos dice:

No resisto la necesidad de recordar cuanto empeño se ha puesto en deprimir el carácter nacional con juicios sobre nuestro pueblo tan superficiales y tan duros como los que se aplican a los niños. (...) Los sembradores de cenizas le vienen repitiendo, desde hace un siglo, que es anárquico, que es indolente, que es corrompido que merece todas las desdichas.

El empeño de humillarnos y ofendernos se ha convertido en un alarde de buen tono; es signo de distinción y permite levantar cátedra magistral; aceptamos ingenuamente que el venezolano que reniega de los venezolanos está por encima de todos; como un paradigma de capacidad y honradez.

Cuando quizá, lo que se esconde ante esta posición de

negativismo es la propia justificación a la falta amor e interés por los problemas del país, o bien la falta de ánimo para la lucha o la justificación de los que sólo buscan el provecho personal de las oportunidades que se les presentan.

Hoy más que nunca se hace necesario estar alerta contra cualquier forma de negativismo que contribuya a minar nuestra capacidad de acción, que distorsione nuestra protesta organizada y racional contra hechos y situaciones que afectan los valores y las convicciones más profundas y que nos hacen aparecer como cómplices de situaciones que son inadmisibles, sin darnos cuenta que con ello, estamos propiciando el advenimiento o crecimiento de caudillajes intolerantes e intolerables.

Su labor de maestro va mucho más allá del aula. En su libro *Educación* publicado en México en 1943, nos señala la estrecha relación que existe entre los problemas educativos políticos y sociales y por tanto la educación debe cumplir con tres finalidades, una económica, otra de estructurar socialmente al país y otra específicamente educativa.

La educación pública –nos dice– tiene para nosotros dos fines. Uno es el que por sí misma ella representa: deber de cultura y significación individual, derecho de todos los ciudadanos a participar en la más noble y preciada conquista de la humanidad. Otro, el objetivo social y político: necesidad de fortalecer la

nación, de modernizarla, de aprovechar todas sus fuerzas; de hacerla apta, de una manera duradera, para dirigir su propio destino, libre de dictaduras personalistas o de clase,

Podríamos decir sin temor a equivocarnos que conoció y desempeñó todos los cargos dentro del sistema educativo. Roberto Lovera De-Sola nos señala:

Su actividad dentro de la enseñanza fue tan amplia que se puede decir que cuando fue nombrado Ministro de Educación logró ese cargo por ascenso.

Desde maestro de 4 y 5 grado cuando apenas tenía 17 años, profesor de Educación Secundaria y Universitaria en diversas asignaturas, contribuyó, como Director de Educación Secundaria Superior y Especial, en 1936 a fundar el Instituto Pedagógico Nacional al igual que la Facultad de Filosofía y Letras de La Universidad Central de Venezuela, así como a la creación de escuelas técnicas y rurales en el ámbito nacional. Se preocupa por aligerar la carga docente de los maestros y profesores con la finalidad de permitirles dedicar tiempo a la investigación, a las relaciones con representantes o al trabajo de aula y crea para ello el medio tiempo y el tiempo completo.

En mayo de 1944, es nombrado por el ministro de Educación, Doctor Rafael Vegas, para presidir la comisión encargada de realizar los programas de estudio de Educación Primaria, Educación

Normal urbana, Educación Normal Rural y Educación Secundaria, en ellos se plasman gran parte de las ideas que Augusto Mijares consideraba necesarias introducir en los programas educativos para que llenaran su cometido de lograr una formación integral del individuo, que lo hiciera capaz de dar respuesta a las necesidades económicas, políticas y sociales que el país requería.

En su corta actuación como ministro de Educación, presenta el Plan de Escuela Periféricas que proponía la construcción de escuelas y liceos modestos, pero bien dotados para cada ciudad. No era sino darle continuidad a aquel viejo plan propuesto cuando era director de Educación Secundaria, que dieron origen a las escuelas que llevaron el nombre de las Repúblicas Sur Americanas, desde donde se comenzó la transformación educativa de Venezuela, después de la muerte de Gómez.

Se hace realidad un largo sueño, compartido por nosotros sus hijos y por los maestros y profesores que lo conocieron en aquella época, la Revista *Tricolor*. En reconocimiento a la labor desempeñada por los docentes y educadores venezolanos crea la Medalla de Honor 27 de Junio. Funda el Instituto Nacional de Deportes y la Dirección de Educación Física del Ministerio de Educación. Buscando mejorar las condiciones socioeconómicas del personal docente crea el Instituto de Previsión Social del Magisterio,

IPASME. Promulgó el Estatuto Provisional de Educación, y mediante un decreto abrió la posibilidad de que, por primera vez, se pudiera impartir educación religiosa en los colegios públicos, previa solicitud de los interesados. Fundó el Instituto de Mejoramiento Profesional del Magisterio hoy OPEL, para que los maestros no graduados, que en esa época eran la mayoría, pudiesen obtener, mediante cursos de verano, el título de maestro normalista.

Esta línea coherente de pensamiento que venimos señalando a través de su actuación como maestro se refleja también en su obra histórica y sociológica. Desde sus primeros trabajos se propone deslastrar la historia de las falsas concepciones que se han presentado como determinantes de nuestra vida social y política para poner de manifiesto la otra tradición de nuestra historia, que es también genuinamente americana. Una tradición de principios intelectuales y morales que nos equipara con los pueblos

Augusto Mijares considera que la historia es dinámica, donde la conjunción del presente con los hechos del pasado forman una realidad propia y permanente que va enriqueciéndose con el paso de las generaciones. Es por ello que nos dice que los héroes no son los hombres que pertenecen al pasado, sino aquellos que día a día, en el desempeño del trabajo cotidiano, están

dedicados a instruirse e instruir a los demás, elaborar leyes, mantener la regularidad administrativa del Estado, moralizar las costumbres, crear riqueza, organizar en suma la verdadera vida del país y servir de estímulo a cada generación que aparece.

Publica en 1936, su primer trabajo histórico de largo alcance. "La Interpretación Pesimista de la Sociología Hispanoamericana". Es un trabajo crítico y analítico de nuestra historia que rompe de manera radical con las formas historiográficas establecidas hasta ese momento en el país. Va más allá de la visión parcial que nos proporcionan las epopeyas heroicas propias de neoclasicismo o romanticismo patriótico, en busca del meollo mismo de las ideas de los individuos y es allí en las ideas y creencias de los actores, donde encuentra el hilo conductor de nuestra historia.

Es el primero en enfrentar a los teóricos del positivismo, se ubica de frente a la teoría pesimista de la historia y de la sociología, busca desterrar del pensamiento nacional la idea que había tomado cuerpo en nuestras interpretaciones históricas y sociológicas de que somos incapaces de darnos un gobierno serio y constructivo y deliberativo en razón de un conjunto de explicaciones causales producto del pensamiento positivista tan en boga en ese momento. Con relación a esto sostiene:

El mito de nuestra incapacidad se formó desde el campo político, porque allí es donde fueron más dolorosas las consecuencias de

nuestros defectos e infortunios; pero más importante aún es observar que esa leyenda negra ha prosperado sobre una base sentimental y no crítica, repitiendo a cada momento observaciones depresivas, anécdotas malsanas convertidas en símbolos y chismes o calumnias elevados a la categoría de datos históricos. Para desandar el camino se necesita, pues, la misma insistencia en sentido contrario, arraigar nuevos hábitos mentales, convertir en sentimiento y en convicción profunda lo que de afirmativo podamos encontrar en nuestra historia y en nuestro carácter.

“La Interpretación Pesimista de la Sociología Hispanoamericana”, nos dice Simón Alberto Consalvi,

es uno de los textos capitales de este siglo en nuestro país. Es un ensayo de tantas implicaciones que bastaba para consagrarlo en el mundo de las ideas como uno de los intelectuales de mayor profundidad y solidez en el conocimiento de la historia y de las teorías latinoamericanas, y en defensa de los valores permanentes del venezolano.

Otra de las inexactitudes que Augusto Mijares se propone aclarar es la utilizada por Gil Fortoul cuando hace su periodización de la historia de Venezuela y denomina oligarquía conservadora, al período entre 1830 y 1848, y de allí hasta 1863, oligarquía liberal. En su obra *La Evolución Política de Venezuela* Mijares rectifica con argumentos claros y contundentes, que por su

amplitud no podemos pasar a considerar aquí, esta periodización y denomina gobierno deliberativo de 1830 a 1846, y de allí en adelante, Gobierno personalista. En 1848 –nos dice–

No se realiza la sustitución de una clase por otra, ni de un partido por otro; tampoco gobernó hasta el 48 un partido conservador. Soubllette y Michelena son liberales tanto en economía como en política. Fermín Toro es un socialista utópico...

De su obra *El Libertador*, nos habla Rafael Angarita Arvelo:

Este Bolívar de Mijares significa algo más allá del ensayo formal. Obra completa de historia, de penetración psicológica y social, escrita a lo moderno. Producto ejemplar de varios años consagrados a particularizar tiempos, acciones, individualidades y ambientes poco a poco develados, desvestidos de adornos falsos y de prendas de acomodo para presentarlos en su desnuda realidad. En su no adulterada significación. (...) El Libertador, la obra, pasa a la consideración de nuestro tiempo y de tiempos venideros como superlativa, singular e integral aún si se la compara con aquellas del mismo género calificadas ya de maestras.

Muchas veces me he preguntado por qué la mayoría de las personas recuerdan, más que ninguna de sus obras, *Lo afirmativo Venezolano* y he llegado a la conclusión de que este título es lo que más se

identifica con su persona, es lo que lo representa ante los que, de diversas maneras, lo conocimos y vivimos con él, o los que simplemente tuvieron la oportunidad de conocer sus palabras. Se identificó con *Lo afirmativo Venezolano* en su empeño de combatir “todo lo que significaba regar esterilidad sobre la Patria”

Quizá uno de los mejores testimonios en este sentido nos los da el Doctor José Manuel Briceño Guerrero

Nunca lo vi (...) Me interesó de él su capacidad para analizar los acontecimientos históricos sin aplicarles esquemas ideológicos (...) Me sedujo de él su perspicacia para discernir lo que en un personaje histórico no depende de la época, ni de la clase social, ni de la familia, ni de la educación, ni de los incidentes de la vida individual, sino lo que en él es singular y único, sin antecedente ni paralelo, irrepetible, lo que hace que sea él y no otro, el alma individual. Me apasionó de él su valor para sostener convicciones en un medio hostil donde la mayoría sólo podía aceptar como válido lo que calzaba en las rejillas perceptivas de iglesias y partidos.

Haciendo nuestras las palabras de su amigo Luis Beltrán Guerrero podemos decir:

Lúcida la mente, limpias las manos, insobornable la conciencia guía-dora, Mijares puede aguardar tranquilo el juicio de la posteridad.

